

Domingo 14 del Tiempo Ordinario (B)

PRIMERA LECTURA

Son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta en medio de ellos

Lectura de la profecía de Ezequiel 2, 2-5

En aquellos días, el espíritu entró en mí, me puso en pie, oí que me decía: - «Hijo de Adán, yo te envío a los israelitas, a un pueblo rebelde que se ha rebelado contra mí. Sus padres y ellos me han ofendido hasta el presente día. También los hijos son testarudos y obstinados; a ellos te envío para que les digas: “Esto dice el Señor.” Ellos, te hagan caso o no te hagan caso, pues son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta en medio de ellos.»

Sal 122, 1-2a. 2bcd. 3-4 R. *Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia.*

SEGUNDA LECTURA

Presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios 12, 7b-10

Hermanos: Para que no tenga soberbia, me han metido una espina en la carne: un ángel de Satanás que me apalea, para que no sea soberbio. Tres veces he pedido al Señor verme libre de él; y me ha respondido: «Te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad.» Por eso, muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso, vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte.

EVANGELIO

No desprecian a un profeta más que en su tierra

Lectura del santo evangelio según san Marcos 6, 1-6

En aquel tiempo, fue Jesús a su pueblo en compañía de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: - «De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es ésa que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?» Y esto les resultaba escandaloso. Jesús les decía: - «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa.» No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se extrañó de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.

La importancia de que haya un profeta

Jesús se acerca a su aldea, después de haber comenzado su ministerio, cuyos ecos han llegado hasta sus paisanos. Y la reacción de estos es sorprendente: por un lado, ven que hay en él algo extraordinario: su sabiduría, la excelencia divina de su doctrina, los milagros que realiza. Pero, por el otro, están cegados por sus prejuicios: por ser quien es, uno al que conocen desde pequeño, igual que conocen a sus familiares, no pueden aceptar que sea alguien especial, no les resulta creíble. Si hubiera llegado un extraterrestre, o tal vez simplemente un extranjero, hubieran estado más dispuestos a escucharlo y hacerle caso.

La cercanía, que puede parecer una ventaja, puede convertirse en un obstáculo. Al que conocemos de cerca podemos señalarlo con el dedo, sabemos su historia, también sus debilidades. En el caso de Jesús, aunque ignoramos prácticamente todo de su vida en Nazaret y de su trabajo como carpintero, nos resulta difícil señalar esas debilidades, pero parece que sus paisanos no tuvieron esa dificultad, y el simple hecho de haberlo conocido como una “persona normal”, les impedía aceptar esa sabiduría que mostraba y esos hechos extraordinarios que era capaz de hacer.

Jesús, no obstante, pese a intuir, tal vez, ese recibimiento hostil, se acerca a Nazaret, predica allí y alcanza a curar algún enfermo. Dice el texto que “no pudo” hacer allí milagros a causa de su falta de fe. El poder salvífico de Dios no puede operar cuando el ser humano se niega a acogerlo. Pero no por eso deja Dios de dirigirse a los hombres, de visitar sus aldeas, de anunciarles la Buena Noticia. Como dice el libro del profeta Ezequiel, a pesar del rechazo, lo importante es que haya un profeta, importa que el profeta se haga presente y hable en nombre de Dios. Tal vez, precisamente por el rechazo, es más importante esa presencia, que se sepa que ha habido un profeta y, en nuestro caso, más que un profeta, Aquel del que hablaron todos los profetas.

Merece especial atención la debilidad de los enviados. Como hemos dicho, en el caso de Jesús nos resulta difícil imaginar flancos débiles a los que pudieran agarrarse sus paisanos, excepto el hecho de ser un hombre como lo somos todos, y de que lo conocieran bien y de cerca. Pero es muy

interesante lo que nos cuenta Pablo sobre su propia debilidad, su “aguijón en la carne”. No sabemos lo que era (si era físico, o psicológico, o moral...) y tal vez sea bueno no saberlo, porque así cada uno de nosotros puede aplicarse el cuento, ya que todos tenemos alguna espina de un tipo u otro. Y, si bien, es natural querer librarse de ella, puede resultarnos útil para no caer en la soberbia de creernos perfectos, de que todo lo que hacemos y conseguimos es por méritos propios, y para fomentar la confianza en el que nos fortalece por dentro. Los profetas, los apóstoles, los discípulos y seguidores de Jesús, todos tenemos nuestras debilidades, nuestros aguijones, que tenemos que reconocer con humildad, como Pablo, para saber que nuestra fuerza no reside en nosotros, sino en la gracia que recibimos del Señor. El mero hecho de que el mensaje que predicamos ya nos sobrepasa con mucho, es ya un cierto “aguijón en la carne”: sabemos que no estamos a la altura de lo que pretendemos transmitir, de Aquel del que queremos dar testimonio.

Hoy vivimos en muchas partes un ambiente de rechazo del mensaje evangélico. La pregunta es si ese rechazo se debe a nuestras debilidades y pecados, o a otras causas. A veces serán esas debilidades lo que provoca el rechazo. Podemos pensar, por ejemplo, en los casos, tan dolorosos, de los abusos sexuales. Es muy importante tener el valor de no esconderlos, de reconocerlos, cuando se dan, de responder al mal realizado con el bien, por medio de la atención a las víctimas, de la reparación en lo posible, también, todo hay que decirlo, de la ayuda a los que han caído, para que se puedan levantar. La humildad de reconocer los problemas y las debilidades es un signo de que no nos predicamos a nosotros mismos, de que nosotros mismos somos objeto de la salvación y la misericordia de Dios que predicamos.

Pero debemos reconocer que el rechazo también se debe a una mala disposición, a prejuicios y cegueras más o menos voluntarias, como la que afectaba a los paisanos de Jesús. Los que ven con claridad nuestras debilidades y las usan como excusa para rechazar el mensaje evangélico, se niegan a ver el bien que se hace en nombre de Cristo, y que no es poco. Pero, a pesar de esto, no debemos volver la espalda con indiferencia o con desprecio a los que nos rechazan. Ezequiel, pese a todo, se dirige a su pueblo y les predica, Jesús acude a Nazaret y cura a sus enfermos. Dios hace el bien sin importar el éxito social. Y nosotros debemos hacer lo mismo. No cansarnos de hacer el bien, porque, aunque el ambiente de hoy sea preponderantemente de rechazo, lo importante es que se sepa que Dios sigue enviando profetas, apóstoles y testigos ya que, pese a todo, Dios no se olvida de su pueblo, y sigue, hoy como ayer, recorriendo nuestras aldeas para enseñarnos.